

El pacto de la D. C. con la izquierda

En su sorprendente carrera política de los últimos años, Italia nos ofrece ahora una contradicción más: que formando un gobierno de sólo dos partidos —la democracia cristiana y los republicanos— abra un poco más la gama hacia la izquierda. El presidente del Consejo, Moro, en su discurso de solicitud de confianza al Parlamento definió la política de centro-izquierda que piensa aplicar no como una cuestión de cantidad de partidos presentes en el gobierno, sino de una línea de tendencia política. Desde fuera del gobierno le han apoyado los dos partidos socialistas —el PSI y el PSDI— y le prometen su colaboración circunstancial los comunistas. Por primera vez, un presidente del Consejo ha tenido unas palabras relativamente amistosas para con el partido comunista, y una aceptación para «aquello que viene pensando, diciendo y haciendo valer con constancia inalterable el partido comunista», asentado en «raíces populares», pero haciendo ver que el partido comunista en la actualidad ha evolucionado precisamente por su relación «profunda con vastos sectores del electorado no del todo ideológicamente comunista», que le impone nuevos caminos. No es, sin embargo, nada comparable al «compromiso histórico» que pretenderían el partido comunista y bastantes personajes de la democracia cristiana, el compromiso de gobierno de gran coalición nacional. El «compromiso histórico», según Moro, no sería más que un encuentro en medio del camino, y no «un cambio en las fuerzas de guía». No lo considera útil para gobernar.

¿Van a servir este gobierno y este apoyo de la izquierda para enderezar la situación del país? Eso no lo cree ni el propio Moro. Hay un «mal italiano» que se emparenta con el «mal del siglo», según Moro: la crisis de crecimiento, especialmente notoria en Italia, pero no ausente de otros países. El crecimiento «cambia los datos económicos, desnuda y pone en situación de crisis estructuras superadas, acusa de ineficacia no sólo a los sindicatos, sino, sobre todo, al gobierno, los partidos y al propio Parlamento; deja insatisfechos a los ciudadanos que se sienten, en vez de representados, traicionados y amenazados del poder». Ocorre que «también en el crecimiento y por el crecimiento se puede morir»; pero la riqueza y la variedad del pueblo italiano pueden servir, en cambio, para construir el día de mañana «un gran país moderno y civil, que encuentre el ritmo justo entre el desarrollo económico y social y el progreso institucional y político».

La posibilidad que tiene este gobierno es ínfima. Pero la única salida para que continúe la democracia cristiana en el gobierno la ha encontrado Moro en esta alianza sutil con la izquierda, que se mantendrá mientras «el eje político» pase por ella, y no deberá ser combatido tampoco por la derecha. El peligro: la extrema derecha. Se trata de que el país esté «sólidamente unido para oponer una vez más la victoriosa y fuerte resistencia a cualquier tentativa de reintroducir la lógica inhumana y absurda de la violencia y de volver a colocar a Italia bajo el yugo fascista». El antifascismo es una de las cuestiones que más pueden unir al Parlamento y a los italianos en torno a Moro.

Como dando eco a sus palabras, el mismo día una partida de doscientos fascistas se manifestó en Roma, con palos y cuchillos, hiriendo a varios estudiantes y ocasionando destrozos. Sus gritos: «Las camisas negras han vuelto», «Chile, Chile, Argentina; Italia como América Latina». Movimientos de este tipo hacen más por el antifascismo que todos los discursos de Aldo Moro. ■



Manifestación antifascista en Roma.

Los
Contem
pora
neos

UN JOVEN DE
ALGUNA EDAD

"Pasé gran parte de mi vida deseando llegar a ser como mi padre... Ahora vivo deseando ser como mi hijo...". "Aún tienes tiempo de desear ser como tu nieto". "Ya me pasa. Mi nieto es reciente; es casi

objetal todavía. Pero en sus ojos están 'les lendemains qui chantent', como decían los franceses...". No hay nada más triste que un optimista histórico. Creen que a ellos les ha tocado, precisamente, el momento aciago, entre un pasado rico y jugoso y un porvenir que apunta. "No es eso, no es eso —dice mi interlocutor, cuando se lo explico—. Es algo más sencillo, más cotidiano. Cuando yo era niño, o joven, el mundo era de los maduros. Se aspiraba a ser hombre, es decir, un cierto compendio de entereza, de sensatez, de conocimientos: una manera peculiar de estar en la vida. Pero cuando llegué a esa edad, el mundo había cambiado y era ya de los jóvenes, a los que yo, inevitablemente, había abandonado. Ahora, mirales, son libres, alegres, espectaculares. Mirales cómo aman, sin miedos y sin restricciones; mirales con qué soltura andan y se mueven, sin ese aire encogido de pedir perdón por todo que teníamos entonces...".

"¿Tú crees que realmente son felices? Observa cómo protestan, cómo se quejan, cómo se debaten contra estructuras que les parecen injustas o que les oprimen. Están siempre como agredidos y como agresivos...". "¿Te parece poco? ¡Poder protestar, quejarse, defenderse, afirmarse! ¡Quién la hubiese tenido! Es una forma de allanar la dificultad de ser. Es una forma de ser".

"Yo he sido toda mi vida un impostor —continuó su confe-

sión—. De joven me disfrutaba de adulto, con cuellos almidonados y trajes oscuros. Ahora me disfruto de joven. A veces enrojecco al sorprender en un espejo este viejo rostro cansado, estos ojos

opacos, emergiendo de la camiseta de sport y del jersey a rombos, del jersey 'Gran Gatsby'. Un falso joven, un imitador de jóvenes...". "Quizá pronto aparezcas con el pelo y el gorrito de tu nieto...". "No te burlas. Es una tragedia".

¿Qué puede uno hacer con las tragedias, sino burlarse de ellas? De otra forma, le alcanzan a uno. La verdadera catarsis surge de deformar levemente los bordes tersos de la tragedia para convertirla en algo risueño y lejano. Vemos ahora tantas máscaras, tantos coturnos, tantos peplos que se pretenden agitados por el viento de la Historia, que ya no pueden hacer más que impresionarnos cómicamente.

"Hay peores impostores que tú —dije a mi amigo—; tú eres, simplemente, un héroe civil. Un hombre que ha querido desposar su tiempo. Mira a los otros, a los que quieren que el tiempo les despose a ellos, en los que tuercen los destinos o se creen que los tuercen. Tú te has encontrado con la dificultad de ser, y has querido serlo. No vaciles ahora. Sigue con tu jersey Gatsby, con tu anorak, ensordécete en una discoteca. ¡Y liga, hombre, liga! Si te ha tocado ser joven a esta edad, no te preocupes. Sé el joven que no has podido ser, que no te dejaron ser". "¿Y si otra vez no me dejan serlo?". "No les dejes tú a ellos que no te dejen. Sé joven y protesta como los jóvenes...".

No le dejé enteramente vencido. ■

POZUELO